

que ha llegado á ser semejante á Dios por participación, sin cesar de ser criatura por esencia: *Stabit Deus in synagoga Deorum.*

Y para que nada falte á la perfección de esa semejanza del alma con Dios, al tiempo mismo que reproduce en sí la unidad divina, reproduce la trinidad de personas; y del mismo modo que las tres Personas divinas concurrieron á la creación del hombre, del mismo modo que esas tres Personas han concurrido á realizar en nosotros los misterios de la gracia, del mismo modo también, y con mucha más razón, esas tres Personas deberán concurrir para consumir en nosotros los misterios de la gloria. Será, pues, de una manera más maravillosa y más perfecta cómo el Padre comunicará al alma glorificada la potencia de su entendimiento; cómo el Verbo la concederá los tesoros de su sabiduría, y el Espíritu Santo las delicias de su bondad. Así, según la enérgica expresión de San Pablo, los bienaventurados, sumergiéndose en el seno de Dios, serán llenos de toda su plenitud (1). Habrá, pues, en ellos plenitud de poder, de sabiduría y de bondad. Así la inteligencia creada, participando de la energía de la inteligencia increada, engendrará también una palabra interior, que será como el eco del Verbo increado; y esa inteligencia y esa palabra se apoyarán una sobre otra con una complacencia que tendrá algo del amor increado. Es decir, que las potencias del alma se corresponderán entre sí, casi con las mismas relaciones que las Personas divinas, y el misterio inefable de la augusta Trinidad, que desde toda eternidad existe en los abismos de la naturaleza infinita, se reproducirá, no sólo por vía de vestigio como en las criaturas inanimadas, no sólo por vía de semejanza natural como en todas las criaturas inteligentes, sino por vía de semejanza sobrena-

(1) Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei. (*Ephes.*, III, 19.)

tural, permanente y perfecta. El alma así glorificada será una imagen viva de la Trinidad increada; será como su reducción y su miniatura; poderosa con la misma potencia, sabia con la misma sabiduría, amante con el mismo amor, resplandeciente con la misma luz, animada con la misma vida, feliz con la misma beatitud. «Yo, decía el Señor, he declarado, por boca del Profeta, que todos vosotros sois Dioses» (1).

Pues bien; el asemejarse á Dios de una manera tan perfecta, ¿no es poseerle y ser poseído de Él? ¿No es por consiguiente poseer el soberano bien, la plenitud de todo bien?... «Dios, dice San Ireneo, comunicándose al alma, la comunica su propia luz, su propia vida, y el goce de todos los bienes de que es el manantial (2).

Cuáles sean esos bienes, y cuáles su precio y su extensión, nadie podría decirlo, ni aun formarse una idea. Contentémonos, pues, con indicar dos de las más principales y de que con más frecuencia hablan las Sagradas Escrituras, y de los que es posible formarse alguna imagen en el espíritu.

Uno de los mayores bienes de que puede gozar durante esta miserable vida el alma en gracia con Dios, es la paz interior, la paz de la conciencia, que sobrepuja á todo goce sensible, y sin la que todo goce sensible se convierte en amargura y en suplicio (3). Esa paz tan santa, tan pura, esa calma profunda de todas las potencias del alma unida á Dios en este mundo, no es, sin embargo, más que un ensayo, un principio muy débil de esa paz inefable que la semejanza con Dios, la posesión de Dios hará experimentar en la mansión eterna. La paz es la

(1) Ego dixi Dii estis. (*Salmo LXXXI*, 6.)

(2) Qui custodiunt dilectionem suam, præstat illis communionem; communio autem Dei vita est, lumen et fruitio bonorum omnium quæ sunt apud Deum. (*San Ireneo.*)

(3) Pax Dei que exsuperat omnem sensum. (*Philp.*, IV, 7.)

tranquilidad del orden, y acá abajo el orden se halla siempre más ó menos perturbado, más ó menos imperfecto. Más allá de esta vida, en el seno del orden imperturbable, del orden eterno, del orden esencial, ¿cuán grande será la tranquilidad del alma, inmutablemente fija en Dios?

Apenas entrada en la mansión celeste, el alma elegida sentirá correr por su seno como un raudal de paz que brota del trono de su Dios á quien contempla, al que posee, y en el que se transforma (1). ¡Cuán dichoso soy!... exclamará. Hé aquí el cumplimiento de la promesa que Dios me hizo por su Profeta, cuando prometía establecerme bajo el abrigo de la seguridad, entre las opulencias y todos los esplendores de la paz (2).

La Iglesia, al darme su último adiós, cuando dejaba la tierra, no me deseó más que el reposo y la paz. Que descanse en paz, que su mansión sea en la paz, que tenga el reposo eterno (3). Yo veo cumplidos en esta mansión feliz esos tiernos votos, esas amorosas oraciones de mi buena madre la Iglesia, que resuenan todavía en mis oídos y se repiten en mi corazón. Paz santa, paz verdadera, que el mundo anhela sin encontrarla jamás, que el mundo apetece sin podérsela nunca proporcionar (4), yo os encuentro al fin en esta tierra bienaventurada. De aquí están desterrados para siempre todos los recuerdos importunos, todas las aprensiones secretas, todos los remordimientos que en el mundo emponzoñan los placeres, todas las felicidades más dignas de envidia en la apariencia. ¡Qué silencio guardan las pasiones!... ¡Qué calma los deseos!... ¡Qué reposo los sentimientos!... Esta

(1) Ecce declinabo super eam quasi fluvium pacis. (Is., LVI, 12.)

(2) Sedebit populus meus in pulchritudine pacis, et in tabernaculis fidei et in requie opulenta. (Ibid., XXXI, 18.)

(3) Requiescat in pace. In pace sit locus ejus. Dona eis requiem sempiternam. (Ritual.)

(4) Quam mundus dare non potest pacem. (Or. Eccles.)

es la paz amable, la paz sólidamente garantida, la paz opulenta que el Señor me había prometido: *In pulchritudine pacis, in requie opulenta.*

Cuando en la vida de las pruebas entré en gracia con Dios, experimenté las delicias de la paz de Dios; pero esa paz no estaba sin combate. Era preciso estar continuamente en guerra con una carne rebelde, con un corazón pronto á escaparse. Ya no hay nada de eso: mi hombre viejo se ha quedado en la tumba (1). Por la vez primera se concilian hoy en mí la paz y la justicia, las delicias y la virtud (2). Ya no tengo necesidad de estar en guardia contra mí mismo, contradecirme, crucificarme, vencerme. Puedo sin temor seguir todos mis deseos, y detenerme á fijarme en mis pensamientos, porque ellos serán santos, y mis deseos siempre virtuosos. El pecado ya no es posible: mi corazón se ha transformado en otro corazón. Se ha regenerado, reformado sobre el corazón del mismo Dios: ya no tiene otra ley que le guíe, otro impulso que le mueva, otro atractivo que le halague, ni otro peso que le arrastre, que la ley, el impulso, el atractivo, el peso del amor de Dios: *Amor meus, pondus meum* (3).

¡Después de tantas luchas, héme aquí victoriosa, héme aquí en reposo; después de tantas tempestades, héme aquí en el puerto!... ¡Al fin respiro!... ¡Al fin Dios mío, ya no temo ofenderos ni perderos!... ¡Dejadme, Dios mío, dilatarme y abismarme en esta eterna paz!...

¡Oh!... ¡esta paz de la eternidad es verdaderamente una paz rica, una paz opulenta!... No consiste solamente en la ausencia de turbación y de todo temor. A esta dulce serenidad se agrega lo que la teología, según el Evangelio, llama *gaudium*, gozo perfecto. El Señor no ha dicho solamente: «Entrad en mi reposo:» sino que ha dicho:

(1) Prima abierunt. (Apoc., XXI, 4.)

(2) Justitia et pax osculatae sunt. (Salmo LXXXIV, 11.)

(3) San Agustín.

«Entrad en mi gozo (1);» y ese gozo es también, como el reposo, el efecto de la *inhabitación* de Dios en el alma, y de la transformación del alma en Dios. Porque así como la separación del alma reprobada de Dios la hace experimentar en el infierno un dolor indescrutable, inmenso, del mismo modo la posesión de Dios hará experimentar al elegido en el cielo un sentimiento de gozo inmenso, incomprensible. Hay más, y esta comparación debe aceptarse con reserva; los predestinados son más felices en el cielo que los réprobos desgraciados en los infiernos, porque Dios es más generoso en las recompensas que severo en los castigos. Bajo todos aspectos, la misericordia en sus efectos excede á la justicia (2). Sí, inmenso es el júbilo de los bienaventurados en el cielo, y eso es precisamente lo que hacía imposible la realización del deseo que expresaba el rico malo, cuando pedía que una gota de agua venida del cielo fuese puesta por Lázaro sobre su lengua. Una sola gota del júbilo celeste caída en la mansión de los réprobos, bastaría para extinguir todos los ardores, para transformar en dulzuras todas las amarguras del infierno (3).

El júbilo de los elegidos será un gozo *pleno*. Gozo *pleno* es la expresión que el mismo Salvador ha escogido para expresarnos la perfección de la felicidad de los elegidos. «A fin, dice, de que vuestro gozo sea *pleno* (4).» Esta palabra es muy sencilla; pero ¡cuán rica es su sencillez!... No hay espíritu creado que pueda comprender su extensión y su profundidad. Gozo *pleno* significa la posesión simultánea, entera y perfecta de todos los placeres, de todos los bienes que el alma puede desear. Nuestro cora-

(1) Intra in gaudium. (*San Mateo*, xxi, 13.)

(2) Superexaltat misericordia iudicium. (*Jacob.*, ii, 13.)

(3) Tanta futuræ gloriæ dulcedo, ut si una gutta in infernum deflueret totam damnatorum amaritudinem dulcoraret.

(4) Ut gaudium vestrum sit plenum. (*San Juan*, xvi, 21.)

zón, lo sentimos muy bien, es inmenso en sus deseos; ningún bien finito puede aplacar su sed de felicidad. Únicamente en el cielo, poseyendo al que todo lo posee, llena del que lo llena todo, unida al que sobrepujará todas sus necesidades, todos sus deseos, el alma encontrará el gozo *pleno*, la plenitud de la felicidad: *gaudium plenum*.

Pero diferente de la plenitud de los gozes terrestres que engendran bien pronto la saciedad, el disgusto, el gozo celestial, por un misterio que le es propio, dice San Gregorio, el gozo celestial, aplacando los deseos, reanima sin cesar su actividad y su ardor. Allí siempre se está satisfecho y siempre ávido (1).

¡Qué nuevo y qué singular es el gozo que forma mi felicidad!... Mientras que poseo todo lo que deseo, deseo siempre lo que poseo. Cuanto más deseo, más obtengo, y cuanto más obtengo, más deseo. Á medida que gusto más á Dios y que más me complazco en Él, experimento un hambre y una sed más viva de gustar á Dios y de complacerme en Él; y á medida que esa hambre y esa sed se van mitigando, llegan á ser siempre más violentas (2). Pero ni ese ardor de los deseos es el tormento de la necesidad, ni esa saciedad produce el disgusto (3).

Porque como el Dios que contemplo y que poseo es siempre antiguo y siempre nuevo, siempre inmenso; siempre inagotable, mi gozo siempre es pleno y siempre variado. A cada instante me son revelados nuevos misterios y manifestadas nuevas perfecciones: á cada instante nuevas bellezas me encantan y nuevos encantos me extasían. Así mi corazón se encuentra siempre colmado, siempre satisfecho, siempre dichoso. La esperanza de vuestros elegidos no ha sido defraudada, ¡Dios mío!...

(1) Semper avidi, semper pleni. (*San Gregorio.*)

(2) Sittentes satiabimur, satiati sitiemus. (*Ibid.*)

(3) Longè ab ista siti necessita, longè ab illa satietate fastidium. (*Ibid.*)

Vos habéis puesto en su corazón esta dulce confianza: «Seré saciado cuando aparezca vuestra gloria (1).

En fin, y esto es lo más esencial, ese gozo es inmortal. «Nadie os quitará jamás vuestro gozo, ha dicho el Señor (2).» La felicidad del cielo, á pesar de lo inmensa que es, cesaría de ser una felicidad real si pudiese cesar y concluir (3). Sólo el pensamiento, sólo la aprensión de que esa felicidad podría tener fin, haría á los elegidos más desgraciados que la actualidad de la posesión les haría felices. Acá abajo toda felicidad no es más que un accidente pasajero, una excepción, una corta interrupción de los fastidios y de las amarguras de la vida; en el cielo únicamente el goce de todos los bienes es una condición necesaria, esencial, un estado permanente é inmutable, y por lo mismo, perfecto (4). El curso de los siglos no le producirá ningún daño. Después de una duración indefinida de años y de siglos, esa felicidad, lejos de aminorarse y de alterarse, renacerá sin cesar con delicias siempre nuevas. Allí nada concluye, ó si concluye, es para volver á comenzar, y no comienza sino para volver á reproducirse siempre. *Gaudium vestrum nemo tollet à vobis.*

San Pablo decía: «Nosotros seremos arrebatados por los aires con Jesucristo, y para siempre estaremos con el Señor (5).» ¡Cuánta dulzura! ¡Cuánto encanto en esa esperanza!... ¡Estando siempre con Dios! En fin, poseo á ese amado de mi corazón, y le poseo, no tan sólo entero, sino también para siempre; jamás me podrá ser arrebatado; jamás podrá escapárseme de las manos, ni ocultarse á mi vista; jamás podrá ser arrancado de mi cora-

(1) Satiabor cum apparuerit gloria. (*Salmo xvi, 15.*)

(2) Et gaudium vestrum, nemo tollet à vobis.

(3) Beatitudo vera non est de cuius eternitate dubitatur. (*San Agustín.*)

(4) Status bonorum omnium aggregatione perfectus.

(5) Rapiemur simul cum Christo in aera, et sic semper cum Domino erimus. (*I. Thess., IV, 16.*)

zón!... Será enteramente mío, como yo lo soy de Él (1).

¡Mirad, mirad mi nombre escrito por el dedo de Dios en el libro de la vida con letras de oro, con caracteres indelebles!... ¡Conque así, Dios mío, me amaréis siempre, y yo no cesaré jamás de amaros!... ¡Me complaceréis siempre, y yo no cesaré de agradaros!... Seréis siempre el dueño de mi corazón, el pensamiento de mi espíritu, el término de todos mis deseos. Vos estaréis siempre en mí y conmigo, y yo estaré siempre en Vos y con Vos: *Et sic semper cum Domino erimus.*

¡Benditos sean, pues, los verdaderos sabios, los verdaderos filósofos, que por haberos amado y servido sobre la tierra, son admitidos en vuestra morada, en vuestro palacio del cielo!... Os contemplan, se os asemejan, os poseen durante la eternidad, y durante la eternidad su felicidad es el alabaros (2).

Elevémonos, pues, sobre esta baja región de los sentimientos, de los errores, de las ilusiones y de los sueños. Fijemos nuestros espíritus y nuestros corazones en la mansión feliz de la realidad y de la verdad.

La tierra no es más que el taller del trabajo: en el cielo está el descanso. La tierra no es más que el teatro del mérito: en el cielo está la recompensa. La tierra es el campo de batalla: en el cielo está la corona. La tierra es el lugar del destierro: el cielo la patria. La tierra es la región de las lágrimas: el cielo es la mansión del júbilo y de la felicidad.

¡Oh hombres!... Todas vuestras aspiraciones se dirigen á la felicidad, y esa sed de ventura es legítima y santa. Vuestro yerro, vuestra falta es la impaciencia con que os apresuráis á asir esa felicidad. Vuestra desgracia es el buscarla en donde no existe, en los goces de las criatu-

(1) Dilectus meus mihi, et ego illi. (*Cantic., I, 12.*)

(2) Beati qui habitant in domo tua, Domine!... In sæcula sæculorum laudabunt te. (*Salmo LXXXIII, 5.*)

ras. Vuestro error es el quererla obtener desde esta vida, cuando no puede obtenerse hasta después de la muerte (1).

Dios no podría prohibir el deseo de ser felices que Él mismo ha grabado en nuestros corazones; pero quiere que aguardemos el tiempo, el lugar y la manera que le plugo determinar para la realización de esa felicidad. ¡Ay! ¡Por cuán largo espacio de años se afanan por obtener la felicidad tal como la han soñado!... ¡Cuántas fatigas por llegar al placer! ¡Cuántas economías por llegar á las riquezas! ¡Cuántas sugerencias para llegar al mando! ¡Cuántas humillaciones para llegar á la gloria!... Con mucha frecuencia se consume la mitad de la vida para asegurarse la comodidad de la otra mitad. Nada se omite: ni fatigas, ni pasos, ni lo largo de la espera, ni tal vez las bajezas, el olvido del deber, para obtener bienes que quizá no se gozarán. ¡Oh escándalo! ¡Oh dolor! ¡Cuán triste es el ver á cristianos tan pacientes, tan animosos, tan activos, tan perseverantes para obtener coronas inciertas, coronas de flores tan prontas en marchitarse, y con tanta frecuencia rodeadas de punzantes espinas!... (2).

Hé ahí que el Salvador nos ha precedido en la carrera y nos ha alentado con su ejemplo; nos aguarda y nos muestra una corona igual á la suya. Aquí no hay incertidumbre alguna: la corona está tan asegurada como es hermosa, y es tan incorruptible como brillante. Lanzados en la carrera, sólo depende de nosotros el llegar (3). La fatiga es muy poca cosa y poco duradera; y cuando hayamos llegado, será para siempre. El sol de esa región

(1) *Beatus esse cupis? Verum bonum quæris?... Sed ubi quæris invenire non poteris. (San Agustín.)*

(2) *Et illi quidem, ut corruptibilem coronam accipiant, nos autem incorruptam. (I. Cor., ix, 25.)*

(3) *Sic curro, non quasi in incertum. (Ibid., 26.)*

feliz, ni se pone, ni se eclipsa. La fuente de la alegría pura que allí se gusta no se seca jamás. La resolución está tomada, y nada podría hacernos desistir de ella. Renuncias, sacrificios, privaciones, penitencias, mortificaciones, nada nos será costoso. Seremos del número de esos huéspedes benditos que serán recibidos en el palacio del Rey de los cielos: nuestra felicidad publicará su alabanza eterna: *¡Beati qui habitant in domo tua, Domine!... in sæcula sæculorum laudabunt te.* Así sea.